



ses fomentaron la llegada de académicos europeos desde los años veinte, mediante ayudas financieras y contratos de actividad docente que, durante el ascenso del nazismo, se profundizaron notablemente. A diferencia de las agencias de promoción alemanas y austríacas, las fundaciones norteamericanas pudieron avanzar con sus objetivos sobre variados países, construyendo importantes redes de circulación de académicos y financiando proyectos de pesquisa, especialmente en el área de las ciencias sociales. En el caso de la sociología, Fleck demuestra cómo en los países germano-parlantes el apoyo norteamericano promovió un tipo especial de investigación social "realista", basada en principios epistemológicos objetivistas, por sobre los cultores de la "sociología humanística", dominante en la Deutsche Gesellschaft für Soziologie hasta los años treinta. A partir del análisis de la biografía colectiva de 823 científicos sociales, Fleck ilumina los variados caminos posibles de figuras intelectuales originarias de Alemania y Austria en su tránsito hacia Estados Unidos. La inserción de estos académicos en el espacio estadounidense varió de acuerdo a los repertorios disciplinares movilizados y al variable prestigio acumulado durante sus años europeos. Fleck se concentra en el análisis de dos experiencias: The Princeton Radio Research Project, comandado por Paul Lazarsfeld, y la investigación que la American Jewish Committee encargó a Max Horkheimer y que dio lugar a la serie de trabajos *Studies in Prejudice*. Finalmente, Fleck repara en la reconstrucción de los caminos de retorno de algunas de estas figuras a Europa en la inmediata postguerra para indicar las alternativas de un proceso de "exportación" de modelos sociológicos desde Estados Unidos hacia Alemania (el caso de la Escuela de Chicago es el ejemplo más acabado en ese sentido).

El soporte documental de la investigación y la ambición de construir una morfología detallada del proceso de expansión de la investigación social empírica a nivel transnacional son los dos aciertos más destacados del libro de Fleck. Es importante, al mismo tiempo, señalar que en la combinación de escalas de análisis radica buena parte de su gran aporte, atenta a los flujos masivos de académicos y a las contradicciones de las experiencias vividas por los intelectuales europeos en sus recorridos transatlánticos.

Ezequiel Grisendi
(UNC-IDACOR / CONICET)

A propósito de Daniel Kersffeld, **Rusos y Rojos. Judíos comunistas en los tiempos de la Comintern**, Buenos Aires, *Capital Intelectual*, 2012, 240 pp.

La obra de Daniel Kersffeld, **Rusos y Rojos. Judíos comunistas en los tiempos de la Comintern**, se basa en una tesis posdoctoral del autor, acerca de la identidad judeo-comunista latinoamericana entre 1917 y 1935. El ensayo se concentra en reconstruir, sobre todo a través del seguimiento de dirigentes y personalidades destacadas en el entorno del Partido Comunista, esa misma identidad en el escenario argentino. Para concretar dicho objetivo, Kersffeld explora los archivos de la Comintern, que fueron abiertos a partir de la caída de la Unión Soviética en los años noventa. Así también, presenta un amplio panorama de la presencia judeo-comunista en el continente, busca las raíces e influencias europeas y enumera las distintas formas organizacionales que esa identidad adquirió en el mundo del trabajo, la cultura y el desarrollo político de la izquierda.

El libro comienza con un capítulo titulado "los orígenes del judeo-comunismo". Allí se explora la vida judía en el *shtétl* (aldea) característico de la región que, desde el siglo XVIII, el Imperio Zarista determinó para la radicación de población judía. Denominada "Zona de Residencia", ocupaba parte de Polonia, Lituania, Bielorusia, Besarabia y Ucrania. Confinados a vivir al interior de sus fronteras, más de cuatro millones de judíos eran considerados por el Imperio como extranjeros o ciudadanos de segunda clase. A pesar de su diversidad socio-económica, la condición judía los volvía objeto de feroces ataques xenófobos conocidos como *pogroms*, propiciados tanto por agentes estatales, como por otros grupos poblacionales. La obligación de pagar altos impuestos, no poder adquirir tierras para trabajar, pasar interminables períodos en el ejército y enfrentar la miseria y el abandono producto del aislamiento, fueron algunos de los factores que, a fines del siglo XIX, produjeron el despertar de una *intelligentzia* ilustrada, que se rebeló al mandato religioso y promovió la educación, la cultura y la movilización política. En este proceso, el autor rescata la importancia de los *krujki*; círculos intelectuales de judíos autodidactas que se extendieron por toda "la Zona" y se nutrieron de la lectura de material clandestino, promoviendo la creación de una vanguardia socialista que guiara a las masas oprimidas. Junto a las iniciativas populistas, los *krujki* dieron lugar a la organización partidaria obrera judía. El *Bund* (Unión), crea-

do en 1897 en Vilna, pronto extendió su influencia y se convirtió en la fuerza política más importante del Partido Obrero Social Demócrata Ruso. Aquello marcaría el comienzo de una historia compleja de escisiones, encuentros y desencuentros de judíos aliados, enfrentados o formando parte de bolcheviques, mencheviques y anarquistas.

El segundo capítulo, "La herencia europea en América Latina", se divide en dos partes. La primera explora las localidades de donde provenían figuras que tuvieron actuación en la Internacional Comunista latinoamericana y la segunda parte describe la actuación de esos cuadros dirigentes en esos países, con énfasis en Argentina y Brasil en donde se radicaron las colectividades judías mayoritarias. El tercer capítulo aborda el perfil judeo-comunista en nuestro país, donde además, se instaló el Secretariado Sudamericano de la Comintern. El autor explica cómo, en el escenario de principio de siglo XX, caracterizado por el arribo de grandes colectivos inmigrantes, y donde no faltaban posturas nacionalistas y antisemitas, el proletariado judío urbano se sumó al naciente movimiento obrero, a la vez que procuró sostener y recrear sus tradiciones ligadas al *Idishkait* europeo. Tres corrientes políticas se destacaron en aquel entorno: el sionismo socialista, los socialistas (subdivididos en *bundistas* y *asimilacionistas*) y los anarquistas. Los primeros, basados en las ideas de Dov Ver Bórojev, conformaron por ese tiempo el primer núcleo del partido *Poalei Sion*, que hacia 1921 se fraccionaría en derecha e izquierda. Los segundos, herederos del *bundismo* europeo, se debatieron entre conservar la autonomía obrera judía o integrarse plenamente al Partido Socialista Argentino. Finalmente, los anarquistas judíos, quienes llegaron a tener destacada presencia en el obrerismo durante la primera década del siglo XX. Más tarde, esperanzados en la Revolución Rusa de 1917 y con una gran proliferación de publicaciones en *idish*, importantes cuadros intelectuales y obreros judíos de las mencionadas corrientes, conformaron el semillero que dio lugar a la escisión socialista, la emergencia del Internacional Socialismo en 1918, el Partido Comunista Argentino en 1921 y su ingreso al Comintern. A lo largo de las décadas del veinte y del treinta, y al calor de las coyunturas internacionales, las figuras del Comité Central trocaban según las directivas provenientes de Moscú. En cuanto a la sección judía del PCA, la *Idsektzie*, fue responsable de promover organizaciones que acercaran a la colectividad hebrea argentina al ideario comunista. Entre ellas, se destacaron el Proyecto Colonizador en *Birobidyán*, las Escuelas

Obreras del *Arbshulorg* y el Socorro Rojo Internacional, entre otras.

En el cuarto y último capítulo, el autor caracteriza a los activistas judíos desde su condición de género, profesiones, oficios y origen social, económico y cultural. La investigación realizada por Kersffeld cruza historias de judíos y comunistas en el período de entreguerras desde un abordaje complejo. El autor explora en cada dimensión y nos proporciona una breve historia, centrada en cuadros dirigentes o personalidades de la cultura. Sin embargo, poco sabemos de los lectores de aquella prensa partidaria *idishista*, del público judío que habitaba las instituciones de izquierda, participaba de las colectas o concurría al teatro popular *idish*. Algunos trabajos indican que la izquierda *idishista* podía compartir ideas de una u otra línea, leer dos o más periódicos de distinta extracción, colaborar económicamente con instituciones diferentes (inclusive no judías) o, a pesar de simpatizar con el marxismo, perseguir fines capitalistas. Luego, otra cuestión que se impone: ¿cómo diferenciar entre simpatizantes, colaboradores, afiliados, militantes no afiliados, o cuadros dirigentes en la atmósfera judeo-comunista?; ¿vale decir que todos fueron comunistas? **Rusos y Rojos** puede leerse de principio a fin o cada capítulo en sí mismo, pues cada uno contiene una perspectiva particular de aquel vasto mundo. Como afirma el autor, varios judíos dieron preeminencia a su militancia por sobre su origen étnico, ¿por qué entonces llamarlos *judíos-comunistas* y no *comunistas-judíos*?; ¿cuánto de cada condición se puso en juego entre los dirigentes mencionados en el libro? Sin duda, la Shoá marcó un antes y un después en este dilema. La tragedia llamó al colectivo hebreo a revalorizar su herencia cultural, pero esto, al menos hasta los años cincuenta, no hizo más que solidificar esa convergencia. El rol que la Unión Soviética y su Ejército Rojo tuvieron frente al nazismo, constituyó una “verdad” inalterable para el pensamiento judeo-comunista latinoamericano: “la URSS salvó a la humanidad”.

Por último y de acuerdo con Daniel Kersffeld, los estudios que predominan acerca de la vinculación entre judaísmo y comunismo, por lo general, han puesto mayor énfasis en los conflictos ideológicos emanados de las tensiones entre el sionismo y la izquierda, que en lo que esa conjunción significó en la vida real de las personas. Así, la permanente referencia a comunistas con nombre y apellido que contiene el libro, desafía las *cosificaciones* que deshumanizan y desconocen, en el sentido que lo plantea Norbert Elías; que la presencia de

la Internacional Comunista en América Latina puede traducirse en la emergencia de redes de individuos en movimiento, politizados conmovidos por un mundo cambiante, con historias familiares, emociones, proyectos y utopías emancipadoras.

Nerina Visacovsky
(UNSAM/CONICET)

A propósito de Olga Glondys, **La Guerra Fría cultural y el exilio republicano español. Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura (1953-1965)**, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2012, pp. 369.

Con la caída del muro de Berlín y el fin de la Guerra Fría, parece haberse clausurado un ciclo histórico que concita cada vez más el interés de los historiadores. Dentro de ese marco, los estudios sobre lo que ha dado en llamarse “la Guerra Fría cultural” (GFC) ocupan en estos últimos veinte años un lugar prominente. En el mundo hispanoamericano, si bien se pueden reconocer algunos precedentes, el tema ha eclosionado en este último lustro.

Después del revelador trabajo de María Eugenia Mudrovic (1997) sobre la primera época de la revista **Mundo Nuevo** y su vinculación con el afamado Congreso por la Libertad de la Cultura, tuvieron que pasar cerca de diez años para que el tema volviera a ser retomado. Alentados por una corriente que se inició en Europa con los estudios de Pierre Gremión, Scott Smith, Michael Hoschgeswender y Kristine Vanden Berghe, y ciertamente impulsados por la nueva coyuntura política del siglo XXI, una serie de jóvenes historiadores toman la iniciativa de explorar *in situ* las tensiones de la Guerra Fría en el campo cultural latinoamericano, como lo muestran el estudio de Germán Alburquerque, el volumen colectivo de Marina Franco y Benedetta Calandra, el trabajo de Elizabeth Cancelli o la tesis de Patrick Iber.

Inscripto sin duda dentro de esta renovación, el trabajo de Olga Glondys se instala como referencia obligada para los estudiosos de esta problemática. De origen polaco, formada en filología en su país natal, la autora cursó estudios superiores en la Universidad Autónoma de Barcelona, orientándose hacia la historia cultural e intelectual.

Producto reelaborado de una tesis de doctorado defendida en 2010, escrita en un cuidado castellano que invita a una lectura fluida, la

obra explora por primera vez en forma sistemática las redes del exilio español involucradas en el Congreso por la Libertad de la Cultura. Es el primer estudio dedicado ampliamente a las consecuencias culturales de la Guerra Fría sobre el caso español y la primera investigación sobre el órgano del CLC para el mundo hispanoamericano: la revista **Cuadernos**.

La obra revela un gran rigor conceptual y un enorme esfuerzo en la búsqueda de documentación, con un fuerte respaldo en el trabajo de archivo, con generosas citas de correspondencias e informes desclasificados. No era una tarea sencilla evaluar históricamente la acción de los intelectuales españoles que se movían en el espacio que iba desde la resistencia al franquismo hasta el rechazo del comunismo. La autora lo hace a través de un intenso recorrido por fondos personales y archivos esenciales como los del socialista caballerista Luis Araquistáin, el expoumista Julián Gorkín y el escritor y diplomático republicano antifranquista Salvador de Madariaga. Los tres tomaron posiciones indiscutiblemente relevantes durante la primera década en la que el CLC se instaló en América Latina, desde donde estos intelectuales llevaron adelante su lucha contra la dictadura franquista.

Por otra parte, la autora bucea en el Special Collections Research Center de Chicago, el Archivo General del Congreso por la Libertad de la Cultura y de la Asociación Internacional por la Libertad de la Cultura, además de los fondos personales de siete actores de época: Burnett Bolloten, James Burnham, Sidney Hook, Jay Lovestone, Joaquín Maurín y Bertram D. Wolfe, disponibles en la Hoover Institution de Stanford, California, y el de Michael Josselsson, director del Comité Ejecutivo del CLC por quince años, alojado en la Universidad de Texas.

Con una abultada bibliografía que respalda su labor, Glondys encara un minucioso análisis de la revista órgano del CLC destinada al mundo hispanoamericano, la revista **Cuadernos**. La obra, organizada en diez capítulos, parte de los orígenes de la ofensiva intelectual e ideológica norteamericana y la coyuntura compleja y difícil a la vez en la que se encuentra el exilio republicano disperso por América, pasando por los orígenes del CLC en 1950 y el delicado tema de su financiación. A partir del tercer capítulo, la autora reconstruye los pormenores del lanzamiento de **Cuadernos** (hermanada con la revista francesa **Preuves**); y continúa con el análisis de la publicación a través de una lectura esmerada atenta no sólo a las denuncias contra el régimen franquista sino a